

XXI

No obstante, la amigable porfía de la marquesa me obligaba siempre á abandonar mi soledad y á visitar sus salones. En ellos tuve á la sazón la dicha de conocer á Mateo de Montmorency, amigo de M^{ma} de Staël, y seguramente el hombre mas amable y seductor que he visto en mi vida. Aunque tan superior á mí por el rango y por la edad, me brindó francamente con su amistad para tener el derecho de ser mi protector sin menoscabar mi amor propio. Entusiasta de mis versos, me agrupó, medio por grado, medio por fuerza, á un auditorio compuesto de innumerables amigos de todas edades y opiniones, llegando hasta introducir en mi modesto albergue al jóven príncipe de Leon y al mismo tiempo duque de Rohan, cuya acendrada devoción le impelia á alejarse del mundo, si bien gustaba aun en la poesía y en la amistad, de las últimas y mas puras ilusiones de su vida. El duque de Rohan me presentó á M. de Genoude, jóven escritor dotado de una alma activa, consagrado á la causa de la aristocracia de la Iglesia con tanto mas ardor, cuanto que aspiraba á aclimatarse, mediante sus servicios, en condiciones sociales mas elevadas que su cuna. Aunque desprovisto de la viva llama que el genio corona, poseía en sumo grado el movimiento caluroso del alma, y, ocupado

á la sazón en traducir la Biblia, deliraba por los versos; su memoria feliz y sonora voz fueron la primera edición de los míos. Mediante su amistad llegué á entablar relaciones con M. de Lourdoueix, discípulo entónces de nuestros primeros escritores monárquicos, y fiel á la desgracia no menos que al talento.

Conocía igualmente M. de Genoude á M. de Lamennais, Atanasio implacable de la Iglesia en aquel entónces, á quien recitó una oda mia sobre el entusiasmo. El famoso abate que se hallaba á la sazón obligado á hacer cama, se incorporó en su lecho y exclamó: *Eureka!* Y como manifestase el deseo de conocerme, no tardé en serle presentado por M. de Genoude.

M. de Lamennais era un hombre de estatura menuda en extremo; tan enjuto, tan descarnado y tan imperceptible, que mas que un hombre, parecia una llama fugaz, impelida de un extremo al otro del aposento á impulso de su propia inquietud; ó si se quiere, á uno de esos fuegos fosfóricos flotantes sobre la yerba de los cementerios, que pasan en el concepto de los rústicos por las almas de los difuntos. Hallábase vestido con una especie de leviton sordido, cuyos faldones vetustos y mugrientos casi ocultaban sus chinelas, agachada la cabeza como un hombre que se afana en leer caracteres escritos en la arena. Tal era por otra parte su postura habitual, pues el ilustre sacerdote miraba siempre de lado, escarnizaba á todo bicho viviente, hablaba con una volubilidad increíble y la ironía era su figura favo-

rita. La acrimonia que nos dejaba en el corazon las pláticas de este eclesiástico bilioso, nos convencía de que el resabio de su alma era amargo sobremanera.

Confieso que no abrigaba mi pecho una simpatía extraordinaria por ese escritor sobresaliente por el estilo, cuya pluma acababa de dar á luz su famosa obra sobre la *Indiferencia en materia de religion*. Desde J.-J. Rousseau y hasta M^{ma} Sand, no habia visto el orbe literario tal dicción oratoria y polémica tan vigorosa. Las frases y periodos de M. de Lamennais parecían amoldadas sobre las de Rousseau, si bien carecían de la unción y patético encanto que caracterizan al escritor ginebrino. La lógica de M. de Lamennais se mostraba encadenada con maestría consumada sobre un armazon de hierro, y el ilustre abate declamaba con una magestad de voz, un vigor de gesticulación, una insolencia de convicción y una audacia de apóstrofes que simulaban la elocuencia. Seguramente M. de Lamennais era un discípulo hábil en extremo y modelo selecto en materia de estilo: pero el verdadero arte de escribir no es un arte sino una alma; y sin ésta, las palabras no pasan de un magnífico ropage en que se emboza el genio.

Mas adelante fué derribado de su caballo, no en el camino de Damasco, sino en el de Roma, llegando á ser el san Pablo de una nueva religion; como el apóstol habia guardado los mantos de los verdugos mientras apedreaban á los fieles. No se puede negar que para semejante trasfiguración era necesario no

poco valor, pues la condenación de la primera parte de su vida por un hombre á quien tan solo una existencia concede la naturaleza, es un martirio intelectual que pocos ánimos son capaces de arrostrar.

La desgracia de M. de Lamennais fué de ser tan acerbo y tan implacable con sus antiguos amigos como lo habia sido con los nuevos. Todo su talento estribaba en la enconada saña; la cólera formaba el fondo de su inspiración, su equilibrio dependía de la alternativa sin preponderancia de ambos excesos, y su humor irritable formaba un contraste chocante y casi grotesco con las doctrinas de meliflua fraternidad que propalaba con almibarado acento. Devorado por la misantropía continua, el abate rechinaba los dientes hablando de amor, y si hubiese sido elocuente en la tribuna, hubiera sido un Savonarola. Discolo por naturaleza, el espíritu de partido lo avasallaba completamente y parecia acusar á la vez al cielo y á la tierra. Cuando hayan fenecido completamente los dos partidos que encontraron tan pujante órgano en su pluma, solo quedará en nuestra lengua como Savonarola en Florencia, esto es, la fama de un gran agitador de estilo que fanatizó sucesivamente á los teólogos y radicales de su patria, sin comunicar una idea á los primeros, ni un consejo de moderación á los segundos.

De vez en cuando tuvimos ocasión de vernos sin llegar á contraer jamas una amistad íntima. Cuando yo era realista de sentimiento, era absolutista M. de Lamennais, y cuando yo republicano él demólogo,

de modo que mediando siempre entre ambos y separándonos un exceso, era imposible entendernos. Así, habia renunciado completamente á la esperanza de entablar relaciones cordiales y anudar vínculos de inteligencia con un hombre, cuya lectura constituía en mi concepto el único valor.

XXII

En aquel mismo año una persona amiga me presentó á M. de Bonald, á quien habia dedicado una oda aconsejado por la citada persona. No habia leído las obras de M. de Bonald, pero me constaba que era el apóstol tan honrado como elocuente de una especie de teocracia sublime y nebulosa, que seria la poesía de la política, si se dignase Dios nombrar á sus vireyes y ministros en la tierra.

Esta doctrina de origen oriental y bíblico, fascinaba entónces mi jóven imaginacion. Por otra parte, M. de Bonald gozaba de una reputacion merecida como sinceridad, probidad, conviccion y talento; al paso que el estilo con que revestia sus atrevidos principios, recordaba los mejores modelos del siglo décimo séptimo. Su noble talante y simpática fisonomía de caballero lugareño que me recordaba la de mi padre, me hicieron una viva impresion y me dispusieron á escuchar dócil y atentamente los consejos y concisos encomios con que supo aco-

germe, no tratando de lisonjear mi amor propio ni de deslumbrar mi fantasía juvenil, sino procurando afianzarme en una senda recta y en la busca sincera de la verdad. Hasta su último momento amé y estimé á un escritor tan benévolo como sublime, dotado de un genio tan cándido y autor de un sistema hasta cierto punto divino.

XXIII

Por la misma persona y en la misma casa, tuve ocasion de conocer á otro sugeto de naturaleza predilecta, y cuya influencia en mi vida dejó una impresion mas profunda. Tal fué M. Lainé, el mas antiguo, en mi concepto, de todos los hombres modernos; no antiguo como un hombre de Plutarco, segun la expresion vulgar, sino uno de esos ferreos varones que parecen arrancados á una página del biógrafo griego cuando pinta la virtud sobre un fondo de crímenes, encarnándola á nuestros ojos en cuerpo y en alma para personificar á un ciudadano excelso. Su exterior correspondia á su alma estoica y templada como un Romano de los bellos tiempos de la República. Alto, delgado, grave y modesto de porte, enjuto de carnes y de perfil aguileño como un busto de Ciceron, despejada la frente, algo chatas las sienes, las megillas nerviosas cuyas fibras se contraian por la menor emocion, la boca fina en

extremo, los labios amoldados para la reflexion no menos que para la palabra, sóbrio de gestos como un hombre que piensa mas que declama, de una instruccion prodigiosa en todo lo que ilumina y ennoblece la humana inteligencia, zeloso entusiasta por todo lo que llevaba el sello de la verdad, de la justicia y de la honradez, sin la menor ambicion por sí mismo y anhelando en medio de la grandeza el paseo solitario en los pinales de Burdeos con un libro en la mano, M. Lainé era tan aficionado á la poesía como á la historia y la elocuencia.

Poco hablaba y escribia aun menos, pero es tal vez el único orador que haya producido una mella profunda en mi corazon, y dejado en lo mas íntimo de mi sér la verdadera huella de la elocuencia soberana; esto es, la que del alma procede y al alma por consiguiente converge.

Rara vez subia á la tribuna, pues recelaba su propia emocion, la cual era efectivamente tan enérgica que sus labios se apretaban y su voz parecia anudarse en la garganta.

Pero cuando la absoluta necesidad de hablar le hacia domeñar ese *sacro horror del trepié* que tan á menudo aparta del trono oratorio al orador lírico, no habia drama ni escena del circo que igualase su dición patética y avasalladora.

Veíase en efecto á un hombre extenuado por su llama interior, recto de cuerpo, pálido de rostro, húmeda la frente, inmóviles en la tribuna sus manos macilentas, apretados los brazos contra el cuerpo

como los antiguos estóicos, trémulos los labios, reflexionando caviloso y cejijunto lo que iba á decir; luego arrancando de su pecho una voz profunda y palpitante por una emocion contenida, pronunciando frases entrecortadas por intermitentes períodos de silencio, y esparciendo despues lentas ó precipitadas olas, formadas no de vanos argumentos ó limadas frases, sino de la expansion de una alma ingénuo, calurosa y sensible, alma de estadista profundo y de hombre de bien por excelencia, que enmudecia al auditorio recogido, despertaba en breve la admiracion, impelia poco á poco á las mas ruidosas aclamaciones, y por último provocaba las lágrimas, triunfo de la naturaleza sobre los bandos anárquicos.

Entónces no hablaba, sino cantaba y declamaba á la vez. Lírica como la oda, dramática como la escena, imponente como la ley y patética sobretodo como el corazon humano que se muestra desnudo en plena tribuna, su elocuencia arrastraba sin dejar tiempo á la reflexion, pues no hay sofisma contra la naturaleza. El aliento de un hombre honrado parecia difundirse é inocularse en los circunstantes, quienes trasfigurados por la aparicion de la virtud, votaban silenciosos y avasallados por el entusiasmo. Tal fué el espectáculo consecutivo que ví dos veces en mi juventud.

A pesar de la diferencia de los años, este hombre insigne sintió su corazon inclinado hácia mí, y yo me sentí en cierto modo elevado á su altura por un sentimiento de respeto mezclado de cariño. M. Lainé

fué mi maestro de elocuencia, mi modelo en política, mi ejemplo en la vida pública, mi tipo de moral, mi dechado en la perfeccion ideal. El buen anciano me amó tiernamente hasta el fin de su vida, y murió literalmente balbuceando dos versos míos.

Por mi parte quisiera morir como Chatham encontrando en mis labios una de las arengas que pronunció por la patria, pues varones tan sublimes engrandecen á la humanidad, y no se puede menos de compadecer en secreto quien afecta despreciar la arcilla que tales almas contiene.

XXIV

Así procuraba yo ver uno á uno á todos mis ilustres contemporáneos.

Pronto mi propia celebridad, aunque estribase en el crédito verbal de mis amigos mas que en mis propias obras, me los hizo conocer en conjunto en los tres salones mas aristocráticos, mas literarios y mas políticos de Paris.

Eran éstos los de la duquesa de Broglie, de M^{ma} de Saint-Aulaire, y de M^{ma} de Montcalm. Mi reputacion naciente me los abrió por sí mismos, sin que tuviese que inclinarme en demasía para poder entrar.

M^{ma} de Montcalm era hermana del duque de Richelieu, que con tanto atuerto habia gobernado du-

rante los años mas ingratos de la Restauracion; gran señor á quien tocó reconciliar una dinastía y una nacion, necesarias una á otra, si bien llena de recelo y desconfianza recíproca; temiendo la primera la venganza de ocultas venganzas contra la revolucion, y la segunda las reincidencias sañudas contra los reyes.

En casa de la citada señora pude, acercando cada vez mas mi persona, formar parte de un círculo íntimo, estrecho y cotidiano, compuesto de los personajes consulares mas notables de la época, quienes labraban entónces el nombre ilustre que dejaron mas adelante en la historia : tales eran M. Molé, en cuyo rumbo político divisábase la elegancia y aticismo de su persona; M. Pasquier, el carácter mas fácil y mas ducho para operar una transicion que le permitiese deslizarse con gracia de un gobierno á otro, con tal que fuese gobierno; Pozzo di Borgo, diplomático griego al servicio de los Rusos, cuya hermosa cabeza, noble fisonomía y palabra fluida trasportaba la imaginacion á la Atenas de Alcibiades; el mariscal Marmont, en cuyo rostro pensativo parecia extenderse una sombra de tristeza, veterano aguerrido que parecia esforzarse en espeler un recuerdo importuno; á veces el príncipe de Talleyrand, cuyo talento hubiera bastado á inmortalizar tres siglos consecutivos.

XXV

M^{ma} de Saint-Aulaire, señora jóven si bien séria, nada tenia de su edad, salvo la belleza; y, habiendo sido amiga de M^{ma} de Staël, abrigaba el culto mas acendrado por esta personificacion del genio femenino. Dotada de una alma tan elevada como su amiga, M^{ma} de Saint-Aulaire me recibió no como á un poeta, sino como hubiera acogido á la poesía encarnada en un jóven desconocido, pues en su salon veíase toda aristocracia natural de cualquier rango que fuese, y la buena señora se complacia especialmente en adivinar la gloria oscura. Así en torno de su linda persona, agitábanse promesas vivientes, realizadas con creces en lo sucesivo. Allí tuve ocasion de conocer á M. de Cazes, destinado á ser su yerno, favorito elegante, donoso y seductor de Luis XVIII, cuyo afan incesante era llegar á ser el Mecenas del nuevo Augusto, si los Virgilio y los Horacios hubieran podido florecer al grado del príncipe y su ministro.

Allí tuve tambien ocasion de ver por primera vez á M. Cousin, cuya pluma aclimatada á la sazón en Francia la filosofía del entusiasmo, y cuya fisonomía, mas que la de un discípulo de Platon, evocaba la imágen de un profeta devorado por un númen sobrehumano. Nos lisonjeábamos de que diria por fin

la palabra revelatoria por excelencia acerca de la esencia divina, que parecian retener sus labios; desgraciadamente solo articuló algunas medias palabras, si bien en lenguaje igneo.

Tambien tuve ocasion de conocer á M. Villemain, que ejercia en mi imaginacion una atraccion indecible; M. Villemain el Policiano francés de este siglo, el ingenio mas opulento, mas culto y mas universal de nuestra era, cuyo delicado gusto y memoria feliz anidaban una enciclopedia literaria, sensible como un poeta á toda inspiracion poética, versado como un orador en todo género de elocuencia, estadista egregio por su tino exquisito, admirado sin orgullo, admirador sin rivalidad, porque se sentia al nivel de todo á quien admiraba.

Así mismo entablé relaciones en aquella época con el naturalista Cuvier; el general Foy, mudo aun; M. Beugnot, Rivarol de la conversacion; M. de Custine, discípulo de Chateaubriand; al periodista de Feletz, precursor de Julio Janin en el Diario de los Debates; los hermanos Bertin, fundadores de este periódico, potencias ocultas, fabricantes de nombradía, que derribaban á los ministerios sin aspirar personalmente á la celebridad y al poder, y como Eolo en su caverna, desencadenaban en el fondo de su gabinete, el viento impetuoso cuyas ráfagas debian dispersar los nombres, los hombres y las cosas. Ambos hermanos eran considerados como esfinges egipcias, cuya vigilante custodia guardaba celosa la puerta de la fama y opinion, resistiendo á toda in-

vasion usurpadora de parte de intrusos advenedizos.

Debo reconocer que lo que es conmigo se mostraron clementes, y nunca podré olvidar la benevolencia con que me acogieron á pesar de los reiterados ataques que me dirigió su periódico, cuando despues de 1830 cayó en manos de una secta compuesta de eminentes políticos y no menos consumados literatos, para quienes el pliego cotidiano fué una especie de evangelio, ó por mejor decir un código calvinista, cuyo primer dogma fué el culto de la propia personalidad con olvido y detrimento de la agena.

XXVI

La duquesa de Broglie era hija de M^{ma} de Staël y había contraído nupcias con el duque de Broglie, jóven en quien el nombre histórico, la elevacion de carácter, la elocuencia estudiosa y opiniones liberales, militaban simultáneamente para hacerlo descollar noblemente en un senado, ó figurar brillantemente bajo un régimen representativo. A toda esta dicha resultante del mérito personal y situación ventajosa, se agregaba el prestigio causado por el mayor nombre del siglo llevado gloriosamente por la duquesa, prestigio empero eclipsado por la luz emitida por las virtudes y la balsámica piedad de aquella noble señora. Todo el genio de su madre

parecia haberse convertido en alma para animar á su hija, y toda esta alma tendia á volverse incienso para subir al trono del Altísimo. La Sibila sagrada del Dominicano puede tan solo dar una idea de la mística inspiracion que respiraba su fisonomía, advirtiendole que esta concentracion intensa de sus pensares en la celestial morada, en nada perjudicaba á su ternura por su familia y grave familiaridad para con los extraños.

Esta casa, en que fui acogido con tanta bondad, era la confluencia de todas las ilustraciones de Francia, Inglaterra, Italia y América; y las ilustraciones que solo existian para mí al estado de nombre, llegaron á ser realidades, desde Lafayette hasta los Montmorency. Allí ví por la primera vez á M. Guizot, uno de esos hombres cuyo nombre solo basta á caracterizar.

Prolija empresa seria enumerar todos los personajes que descollaban ó por la fama, ó por el talento, ó por la infatuacion maniática que excitaban en aquel gremio selecto; baste decir que salia á veces deslumbrado de tanta gloria, de tanto talento, de tanto genio, de tanta elocuencia.

Despues de años tan venturosos, la revolucion dinástica de 1830, á la cual nunca llegué á adherir, y situaciones políticas de varios géneros me volvieron extraño, mas nunca hostil á tan noble familia, pues el umbral que nos fué una vez abierto debe quedar para siempre sagrado. Jamás ha menguado en mi corazon el reconocimiento y respeto por el